

¿ES POSIBLE UNA CIENCIA DEL TEXTO?

Ángeles Ortega

Abstract

This paper presents a general discussion of the possibilities of a discipline that can study texts *scientifically*. The notions of *text* and *context*, together with other concepts, such as *strategies*, *stereotypes*, etc. are examined according to different perspectives and proposals put forward by several linguists; all this leads to the conclusion that strategies and tactics that help in the construction of texts do not really constitute a *science*, but an *art*.

La aparición de nuevas herramientas y técnicas de trabajo, junto con el deseo de hacer del estudio de la comunicación verbal humana una ciencia comparable en método y uso a las ciencias naturales (por la necesidad de establecer una norma que permita una utilización del discurso lo más efectiva y automática posible) están produciendo sus efectos (en algún caso graves por lo que suponen de paso en falso) en el ámbito de la lingüística. En la búsqueda de este objeto de estudio “claro y distinto” que confiera carácter científico a la (hasta ahora) disciplina que ha de ocuparse de él, muchas teorías han “perecido” por su vaguedad o lo reducido de su campo de aplicación; sencillamente, por no poder dar cuenta de absolutamente todos y cada uno de los fenómenos de los que debería responder, y por expresar sus nociones en términos no susceptibles de medida, de computación. Cuantitativa y cualitativamente, por tanto, ningún modelo lingüístico ha sido hasta ahora capaz de cumplir las exigencias que impone un método propiamente científico. Salvo, en opinión de algunos, la lingüística del texto: al considerar el objeto (texto) fundamentalmente como producto del medio en el que tiene lugar (contexto), se ha procurado una base “pragmática” para el tratamiento de ese objeto, tratamiento que pasa por la observación del hecho específico en su entorno específico, apartándose así (e, indudablemente, superándolas) de teorías precedentes o contemporáneas pero con un enfoque apriorístico menos realista.

Pero la pragmática, con su noción de CONTEXTO, ha venido a plantear a la lingüística textual un problema que puede resultarle irresoluble, pues SI DEL CONTEXTO DEPENDE TOTALMENTE EL TEXTO RESULTANTE (punto sobre el cual nadie parece

ya albergar duda ninguna), NO PODEMOS, SI QUEREMOS OBTENER RESULTADOS SATISFACTORIOS, “OPERAR CON” EL TEXTO HASTA NO DISPONER DE UN CONOCIMIENTO CLARO Y COMPLETO DEL CONTEXTO. Necesitamos, por tanto, una tipología contextual en la que basar una textual, un instrumento de análisis que sea *exhaustivo* y *coherente* (y, de ahí, científicamente útil), esto es, que, teniendo en cuenta todos los parámetros pertinentes, pueda aplicarse a todos y cada uno de los textos producidos y por producir. Tal sistema contextual aún no ha sido elaborado y, en lo que sigue, explicaremos por qué nos parece imposible su elaboración, ya que consideramos punto menos que insoluble el problema de dotar al contexto de unas características tales que lo conviertan en *instrumento científico de análisis y producción textual*.

Mientras que el concepto de TEXTO está más o menos claro, seguimos sin definir en términos precisos qué sea CONTEXTO. Éste, que ha recibido otras muchas denominaciones (la mayoría de ellas también bastante vagas en su formulación), como “situación verbal”, “situación comunicativa”, “modelo”, “estado”, “universo del discurso” y otras más, parece, de momento, seguir cumpliendo la tarea que en la gramática chomskyana se asignara a la semántica, esto es, dar cuenta de todo aquello que no se puede explicar con los varios sistemas formales/de reglas que se han elaborado hasta ahora. El CONTEXTO se define (tomemos, para empezar, a Leont’ev) como “conjunto de condiciones —verbales y no verbales— que son necesarias y suficientes para realizar el acto verbal según el plan que nos hemos trazado”, o (Van Dijk) como “una abstracción altamente idealizada de (una situación comunicativa) (que) contiene sólo aquellos hechos que determinan sistemáticamente la adecuación de las expresiones convencionales. Parte de tales contextos será por ejemplo los participantes del habla y sus estructuras internas (conocimientos, creencias, propósitos, intenciones), los actos mismos y sus estructuras, una caracterización espacio-temporal del contexto para localizarlo en algún mundo real posible, etc.”; el CONTEXTO “se refiere a todos los factores extralingüísticos que tienen importancia en el texto mismo” (“campo”, “tenor” y “modo” de Halliday/Hasan); esos “otros factores” que “en el campo de una actividad comunicativa compleja” coexisten con el propio lenguaje (Hartmann); sólo pueden ser explicados (a su vez dará explicación al texto) “a través de una teoría integrada de sintaxis, semántica y pragmática” (Oller) donde “pragmática” se define como “la interacción dinámica entre el conocimiento del mundo que tiene el hablante (incluida la información percibida inmediatamente) y las dimensiones sintáctico-semánticas”; es paralelo a la “situación compleja suposicional” (Schmidt) “en que emisor y destinatario se encuentran en cada acto comunicativo pero únicamente es parte específica de esta situación, y que contiene todas las condiciones específicas, limitaciones y determinaciones bajo las que se encuentran los interlocutores en los procesos de comunicación”¹; podría equivaler al “programa esperado” más la “información sincrónica” de Meier, o al modelo del “acto de comunicación” de Kummer, y, desde luego, habría de contener, como mínimo, la lista de elementos (fenómenos, constantes y suposiciones generales) que Wunderlich

incluye en su exposición de la situación verbal (idealizada) ². A veces, en fin, aquí y allá el CONTEXTO se confunde con una “estructura profunda del texto” (al venir ésta determinada por principios “semánticos” que, en última instancia, son regulados por condiciones pragmáticas”).

¿Qué es, pues, el CONTEXTO? ¿Cuáles son sus componentes, todos esos “elementos exteriores al texto, fundamentalmente de carácter pragmático (situación, etc.) que influyen de una forma u otra en los procesos de comprensión y producción del texto”? ³ Veamos. El CONTEXTO, para empezar, es “pragmático”, esto es, no fonológico-morfológico-sintáctico-semántico, no lingüístico. En muchas de sus formulaciones, sin embargo, se incluye la noción de que comprende también “condiciones verbales”, “los actos comunicativos mismos”. Viene dado por una serie de “condiciones”, “hechos”, “factores”, “parámetros” o “elementos” que ¿son todos de las mismas características?, ¿igualmente observables, accesibles y definibles con la misma claridad y distinción? ¿Son, por ejemplo, las “condiciones ambientales” más formalizables que las “biográfico-psíquicas”? Mientras que algunas de esas “categorías” son apreciables sin mayor dificultad (o, a veces, incluso con alguna dificultad), p. e. sexo del hablante o “función” del oyente (padre, etc.), ¿cómo obtendremos la información necesaria y suficiente sobre los conocimientos de los participantes, sus creencias, sus propósitos? ¿Cómo estableceremos con precisión una relación de “dominación” (la de “autoridad” parece estar más clara)? ¿Cómo *medimos* (puesto que necesitamos elaborar un instrumento para el análisis que sea *científicamente* aplicable a los objetos de estudio) las diversas “capacidades” (de “producción” y “recepción”, “cognoscitiva”, “de aprendizaje y concentración”, de “adaptación con el interlocutor”...) del hablante y del oyente? ¿Qué repercusiones puede tener en la formulación del contexto (x) el que haya ciertas “categorías” que se traslapen, p.e. “función” y “posición”, etc.? ¿Cómo determinar (mediante qué instrumentación) cuál(es) de esos factores será(n) de importancia (decisiva) en el texto mismo? ¿Cómo saber, para todo texto, qué hechos “determinan sistemáticamente la adecuación de las expresiones convencionales”? ¿Es de hecho “sistemática” esa adecuación? ¿Cómo puede una “abstracción (altamente) idealizada” servirnos para el estudio de todos los textos? Un sistema de modelos muy tolerante que “dé cabida a *cualquier* fenómeno” (como apunta Medawar de las hipótesis en ciencia) no nos dice absolutamente nada. ⁴

Si no fuera posible dar cuenta exhaustiva de ese “conjunto de elementos” que conformen el CONTEXTO, ¿sería útil contar con una serie de modelos de contextos que dieran cuenta de *ciertos* —no de todos esos— elementos? ¿Qué *validez* tendría analizar un texto *concreto* aplicándole un *modelo* de contexto y? ¿De qué serviría saber que un texto tiene una cierta estructura formal (de “narración” o con gran cantidad de “relaciones de justificación”, p.e.) que, junto con una intención comunicativa, lo clasifica como “perteneciente” a cierto tipo de texto si *lo que dice* (que no *lo que quiere decir*) viene determinado, en última instancia, por el contexto? ¿Y no es esto, acaso, (comprender el sentido de texto en su aquí y ahora y general el texto más

“conveniente” en cada momento) lo que se ha propuesto una lingüística de carácter “pragmático”?

Parece como si no fuéramos conscientes de un hecho *esencial*: QUE HAY TANTOS TIPOS DE TEXTOS COMO CONTEXTOS EXISTEN, ESTO ES, UN *INFINITO* NÚMERO DE TIPOS DE TEXTOS DIFERENTES PORQUE CADA CONTEXTO ES DISTINTO E *IRREDUCIBLE*. El hecho de que el CONTEXTO haya de contener (y se conviene en que así es, pues de otro modo tendríamos un hueco completamente inútil) ciertos elementos (conocimientos de los participantes, capacidades, etc.) invalida cualquier intento de formación de un sistema de modelos contextuales. El CONTEXTO es, además, “dinámico”, lo que haría inapropiado un sistema *estático* de dichos modelos.

Podemos tener, por tanto, una “*jurisprudencia*” del contexto, pero nunca una *ciencia del texto*: el instrumento *propiamente científico* es válido porque el *corpus* de (las características de) los objetos a estudio y tratamiento es *cerrado*, aunque sea amplio. No es éste el caso del CONTEXTO, y, reduciendo su disparidad a x modelos por un *principio de abstracción falso*, despojamos de toda legitimidad al análisis realizado con tal método. Dotar al CONTEXTO de un carácter “ideal” y “típico” responde a un deseo de formalización cuya intención, en muchos casos, no está clara (unas palabras de Pêcheux nos parecen aquí oportunas: “Es preciso sacar todas las consecuencias del hecho de que lo analizado no existe, en general, por deseo del *analista*, punto cuyo esclarecimiento parece ser una de las condiciones para que exista una práctica semiológica de carácter científico. Aquí tienen su origen las dificultades metodológicas que conciernen a la constitución y limitación del “corpus”. Si, en efecto, el objeto de análisis no está conceptualmente definido, como el elemento de un proceso del que es preciso construir la estructura, tal objeto se queda como *objeto de deseo*, lo que implica dos consecuencias: la primera es que la constitución del objeto depende de lo que, en el espíritu del analista, lo lleve a formularla; la segunda, es que el analista finge encontrarlo como un dato natural, lo que le exime de “responsabilidad” y, añadimos nosotros, inutiliza por completo su labor.⁵

Salvo quizá en contextos “institucionalizados”⁶ (que, por otra parte, lo son en mayor o menor grado, lo que también redundará en el texto final), no se nos ocurre qué *serie única* de parámetros podríamos aplicar para clasificar esos otros textos que no lo son (una “pragmática de la literatura” como disciplina científica es algo que asusta). Entre los intentos de dotar al contexto de los parámetros “necesarios y suficientes” nos gustaría, sin embargo, mencionar aquí el modelo de John Munby⁷ (modelo al que volveremos más adelante), quien, hasta donde sabemos, no tiene nada que ver con la lingüística textual. Este modelo se elaboró para facilitar la producción/comprensión de textos en inglés por parte de personas de otra lengua materna, esto es, para el aprendizaje de la lengua inglesa pero *con propósitos específicos*. El modelo incluye factores que parecerían superfluos en tal área y que, precisamente, contribuyen a acercarnos a esa exhaustividad que precisaría un “enfoque textual” de la lengua (contiene, por ejemplo, un “attitudinal-tone index” con alrededor de unas mil de esas actitudes para hablante y oyente, un “inventario de relaciones sociales”

bastante desarrollado, un apartado de “Instrumentality” completo (con canales, modos de comunicación, etc., entre otras “especificaciones”). En contrapartida, tal magnitud lo hace difícil de manejar. ⁸ Siguen, además, siendo de imposible inserción en el esquema factores como el “conjunto de conocimientos de los participantes”. Y luego nos enfrentamos al “carácter dinámico” del CONTEXTO: si éste genera un texto que, a su vez, modifica ese contexto, que habrá de repercutir en el texto y así *ad infinitum*, ¿en qué momento, a qué parcela(s), entre qué dos puntos aplicaremos qué modelo de contexto?

No hay modo, pues, de establecer una tipología contextual más que despojando a los contextos de muchas características propias de cada uno, lo cual los reduciría a la nada. Tomar unos rasgos y otros no o tomar unos por otros nos lleva a un “molde” en el que no se puede ajustar bien un hecho *real* (sea literario o no, no tiene, por supuesto, nada que ver con esto) como es el texto. El contexto (en sí, no como concepto), es un “objeto” tal que se resiste a la clasificación (entre las propiedades del contexto está, en primer lugar, la de ser *específico*).

A todo ello se suma otro problema, y es que, digámoslo de una vez, la relación de la persona con sus actos no es comparable en absoluto a la del objeto con sus propiedades. La libertad del ser humano (como opuesta al determinismo que rige las acciones de todo organismo no humano) estriba precisamente en que un conjunto *x* de circunstancias no deriva *necesariamente* en la acción *y*, de tal modo que aun en el caso de que pudiéramos disponer una “lista” de contextos tampoco habría manera de determinar con seguridad qué texto tendríamos o sería más conveniente que tuviéramos (sobre este último punto, cfr. *infra*).

Llegados a este punto quizá convenga, pues, abandonar la imposible tarea de llevar a cabo tal *inventario* y dedicarnos a la, al parecer, factible labor de establecer un *repertorio de técnicas* (verbales) que emplear con éxito en la producción de un texto así como en el proceso de su análisis. Digamos, sin embargo, desde ahora que, por muy útiles que puedan ser tales repertorios (punto del que nos ocuparemos más adelante), no nos acercan más (como desearían algunos de sus compiladores) a una ciencia del texto (se nos ocurre que “ciencia” y “texto” son incompatibles, y este concepto de “ciencia del texto” una contradicción). Pensemos en Robert de Beaugrande, Dressler y otros autores que antes y después que ellos han hablado de “actos comunicativos”, “estrategias”, “planes” y “repertorios”. ⁹

Ya que, por una parte, carecemos del espacio necesario, y suponemos, por otra, que el lector debe hallarse familiarizado con tales líneas de pensamiento, no nos extenderemos aquí en el trasfondo teórico. Baste mencionar que estas tendencias, partiendo de una teoría (más general) de la acción, consideran el texto como el resultado de “determinadas operaciones ordenadas” que el hablante, “con la ayuda de un repertorio abierto de variables... y un repertorio cerrado de reglas”, lleva a cabo “a fin de conseguir un determinado objetivo”. ¹⁰ Ahora bien, mientras que el “repertorio de reglas” es, de hecho, un sistema y, como tal, susceptible de tipificación y control, y las “operaciones” pueden reducirse a determinado número y aplicarse sistemática-

mente en algunos casos (sean muchos o pocos es irrelevante; el hecho es que no son todos), el “repertorio abierto de variables ” es, ciertamente, tan abierto que las “variables” que debe incluir son infinitas. De Beaugrande nos propone ¹¹ la realización de un modelo en los siguientes términos: “Given a state configuration with data about the interactants and their environment, the manifestations of language would be assigned relative probabilities, depending upon the availability of pathways for planning and resources for action”; en *Introduction to Text Linguistics* (1981) de Beaugrande y Dressler desarrollan estos principios y nos presentan una serie de ESTRATEGIAS (¡y estratagemas!) que conviene aplicar dependiendo de cuál sea nuestro objetivo y la situación en que nos encontremos. Tales estrategias vendrían condicionadas por el “state”, y su aplicación daría lugar más o menos automáticamente a una serie de *posibles* textos, bien tomados de entre los que más frecuentemente aparecen en los contextos observados, bien considerados como más satisfactorios, en este caso por el analista mismo, para la consecución del fin que se persigue. Las ventajas que ofrecen estos modelos (que no vienen formulados en términos matemáticos, sino informáticos) son tan grandes como lo son sus inconvenientes. Y, curiosamente, mientras éstos consisten en ciertas “cualidades” que podrían acercar esos modelos al deseado *status* de “científicos”, aquellas los apartan definitivamente de tal condición.

EL MODELO ESTRATÉGICO se basa en el ESTEREOTIPO. Que el ser humano se sirve del lenguaje para (entre otras cosas) alcanzar determinados fines es indudable; que dispone, asimismo, de ciertos “mapas cognoscitivos” (que incluyen conocimiento del entorno así como estrategias o “rutas de actuación” para desarrollar diversas actividades) está demostrado, y que las líneas generales de esos “mapas” se comparten (por los miembros de una comunidad) es un hecho. En este sentido, pues, podemos hablar de “regularidades”, “factores comunes”, y “trasfondo dado por bueno”, incluso de “condiciones normales”. ¹² En efecto, funcionamos con estereotipos y convenciones y esto es lo que hace posible, en primer lugar, que nos entendamos. Es verdad que hay textos cuyos contextos son siempre iguales en el sentido de que no son relevantes más que unos ciertos rasgos, y que éstos se repiten. ¹³ Así, por ejemplo, los saludos o todos aquellos textos que pudieran darse en situaciones muy convencionales en que no sólo no es necesario que haya un gran abanico de posibilidades (ya establecidas), sino que ni siquiera sería conveniente que lo hubiera (cfr. todo el lenguaje formulario, de tipo jurídico, etc.). Y aún así, la sistematicidad no estaría garantizada, pues incluso algunos de esos textos están sujetos a variaciones dependiendo de cambios en un solo factor contextual: a un simple saludo como “Buenos días” se puede replicar, entre otras cosas, con las siguientes expresiones:

- 1) “Buenos días los tendrá Ud.”
(si el que replica está contrariado por cualquier razón),
- 2) “Por decir algo”
(si está lloviendo o hace mal día),

- 3) “Y que lo diga”
(si el día es soleado, por ejemplo),
- 4) “Buenas noches”
(si el que replica llega a casa por la mañana y se va a dormir).

Podemos tener variedades tonales de un mismo enunciado dependiendo del estado de ánimo del hablante. Así, por ejemplo, una inflexión descendente-ascendente-descendente

DÍ

AS

BUENOS

denota satisfacción, buena disposición, etc. Se puede, en fin, no contestar, lo que asimismo serviría a determinados propósitos por parte del interlocutor.

Y es que la gran mayoría de las “situaciones” comunicativas no se presta a una regularización. Incluso en los contextos “normales” echar mano de “guiones” no siempre resuelve nuestras necesidades comunicativas. Esto puede, pongamos por caso, observarse muy claramente en el aprendizaje de una lengua extranjera, campo en el que, sin embargo, las contribuciones de un modelo como el estratégico (con todas sus limitaciones) pueden ser de muchísimo valor.¹⁴ Este modelo sería igualmente útil en la producción de textos que hubieran de ser, precisamente, estereotípicos (textos formularios, etc.), y que no importara que fueran, por tanto, *estereotipados*, lo cual, a su vez, sería inadmisibles (al menos, indeseable) en otros textos (¡y no sólo literarios!). Existe el peligro (incluso si se contempla gran número de textos posibles para cada caso) de demasiado reduccionismo y automatización de la producción del discurso con estos medios; y, si bien es cierto que muchas de las actuaciones verbales (y no verbales) del ser humano son predecibles, *no hay absolutamente nada que las haga necesarias* (salvo en casos en que el texto es ritual). En este sentido, un “refinamiento continuo de los parámetros estadísticos” y del “inventario”, como nos propone de Beaugrande, no nos lleva a ninguna parte, pues es un proceso que no tiene fin.

El principal obstáculo, por tanto, para tener un modelo científico sigue estando en la configuración de esos “states and situations” (los “datos sobre los participantes y su entorno”). De Beaugrande propone una serie de “desirability features” que debería al menos incluir cualquier situación, más algunos otros para cambios situacionales, pero, como él mismo reconoce (“they can be overridden by more specific instructions”), ni la lista es completa ni esas condiciones ideales se dan en la vida real en muchos casos.¹⁵ “Desirability” no es “factuality”: No podemos hacer de lo verosímil (normal, regular, probable) lo necesario ni dar cuenta del objeto (texto) como es o producirlo con sólo unas cuantas *recetas* sin correr el riesgo de fracasar.¹⁶

De Beaugrande y Dressler¹⁷ creen posible una ciencia del texto cuya principal tarea sería “to find the regularities according to which conventional functions are either re-affirmed or adapted in actual usage”, y ello sobre la base de que con medios “sorprendentemente económicos” los seres humanos se comunican verbalmente con éxito cualesquiera sean las condiciones. Sin embargo, a nuestro juicio, esto no nos permite concluir que el éxito (¡cuando se da!) se debe a la aplicación más o menos automática de unas fórmulas o estrategias convencionales, sino al *dominio que los hablantes tienen de los contextos*, el cual les proporciona a aquellos todos los factores *reales* que han de tener en cuenta a la hora de optar por construir su texto de una manera o de otra, así como las “pistas” específicas que harán posible esa “adaptación” de las “funciones convencionales”.

De una imposible (y que juzgamos innecesaria) “CONTEXTICS” (término acuñado por Dascal, que lo define como “the science of everything”), hemos pasado a una TÁCTICA. Un repertorio de ESTRATEGIAS como principios generales de actuación es, sin duda, de mucha utilidad para el análisis y la producción de textos, al estar basado en la experiencia de que determinado modo de elaborar un texto ha tenido éxito en ciertas circunstancias. Tal repertorio puede llegar, quizá, a formar un sistema cerrado (en cualquier caso no *único*, pues estaría sujeto a cambios dependiendo de lo que la experiencia hubiera señalado como útil en diversos casos), y en él tendría cabida todo lo que sabemos (y podemos llegar a saber) sobre RECURSOS VERBALES: Éste es el ámbito propio de toda la retórica, también de la lógica y de la estilística, de los tratados sobre argumentación, de los manuales de redacción, de todas las gramáticas (pues, como dice Aristóteles, “la base de la elocución es hablar correctamente el griego”), de la semántica. Podemos “afinar” aún más y, si somos capaces de hacernos con un “sistema” contextual *ad hoc*,¹⁸ contaremos con un instrumento en verdad valioso. Que, (como es obvio) no obstante, no producirá nada por sí mismo. Pues la ESTRATEGIA no es una ciencia. La ESTRATEGIA es un ARTE.

Y, aunque haya de dejar insatisfechos a aquellos que, por unas u otras razones, desearían una ciencia del lenguaje (y una ciencia política e, incluso, una ciencia del arte), un ARTE DEL TEXTO es posible y es útil. Es, en cualquier caso, lo único que podemos tener. La solución del problema que nos planteábamos al inicio de estas páginas, si era posible una ciencia del texto, está (como Wittgenstein decía del enigma de la vida) en la desaparición de tal problema.

Notas

¹ Éstas incluyen condiciones “socio-económicas”, “socio-culturales”, “intelectuales” y “biográfico-psíquicas”. Schmidt añade: “las suposiciones complejas determinan qué interpretación del modelo de realidad social se aporta en una actividad comunicativa y qué sistema referencial común se presupone por parte de los interlocutores, dado que sobre dicho sistema referencial descansan las instrucciones de un texto”.

² Para esa lista, cfr. Schmidt, *Teoría del texto*, Madrid: Cátedra (1978), pp. 116-7. También para todas las referencias de la página anterior.

- ³ Bernárdez, E. *Introducción a la lingüística del texto*, Madrid: Espasa Calpe (1982).
- ⁴ Medawar, P.B. *Advice to a Young Scientist*, New York: Harper & Row (1979).
- ⁵ Pécheux, M. *Hacia el análisis automático del discurso*, Madrid: Gredos (1978).
- ⁶ Cfr. Van Dijk, T. *La ciencia del texto*, Barcelona-Buenos Aires: Paidós (1979).
- ⁷ El modelo en cuestión aparece en *Communicative Syllabus Design* (reimp.), Cambridge: C.U.P. (1980). Quizá era algo así lo que van Dijk andaba buscando en el análisis contextual que lleva a cabo en *Studies in the Pragmatics of Discourse* (pp. 222-32).
- ⁸ Un ordenador no tendría problema en este sentido, pero no parece que fuera posible programarlo de tal manera que nos diera, tras la constatación y elaboración de los datos, una *visión aceptable de la realidad* (del texto).
- ⁹ Cfr., entre otros, de Beaugrande, R. & Dressler, N. *Introduction to Text Linguistics*, Harlow, Essex: Longman (1981); Schank, R. & Abelson, R. *Scripts, Plans, Goals, and Understanding*, Hillshade, N.J.: Erlbaum (1977); Enkvist, N.E. *Estilística, lingüística del texto y composición*, en Bernárdez, E. (ed.) *Lingüística del texto*, Madrid: Arco/Libros (1987), pp. 131-50; Drop, W. *Planificación de textos con ayuda de modelos textuales*, *ibidem*, pp. 293-316.
- ¹⁰ Schmidt, cit. en Bernárdez, E., *Introducción a la lingüística del texto*, Madrid: Espasa Calpe (1982).
- ¹¹ En "Text and Sentence in Discourse Planning", en Petöfi, J.S. (ed.), *Text vs. Sentence. Basic Questions of Text Linguistics*, Hamburgo: Buske (1979), p. 478.
- ¹² Cfr. Sánchez de Zabala, V. *Comunicar y conocer en la actividad lingüística*, Madrid: Ariel (1978), y bibliografía allí citada.
- ¹³ Son los contextos considerados "normales" o "rutinarios" y que hacen posibles los "guiones" de Schank y Abelson, estos modelos de Beaugrande, los "protocolos en situaciones específicas" de Enkvist, o los modelos de "actos rutinarios" de Drop.
- ¹⁴ De hecho, desde muchos años antes de formularse estas teorías que estamos examinando, los métodos de enseñanza de lenguas vienen haciendo uso de textos (diálogos, etc.) que se presentan con diversas variantes adaptadas a distintas situaciones.
- ¹⁵ Al operar con "statistical parameters" estamos sometidos a las mismas falacias que nos impone la estadística en general. Al final ha de ser el individuo el que ha de adaptarse al paradigma que se ha fabricado mediante la extrapolación de los datos.
- ¹⁶ El primer punto, esperamos, resulta evidente. Respecto al segundo, hemos de decir que las estrategias dependen de su contexto de aplicación hasta tal punto que en ocasiones los efectos que se producen son totalmente contrarios a los que "en situaciones normales", se propugnan para estas estrategias. En este sentido, un texto como "if it were conceivable that so exalted a personage as yourself could condescend to (open) the window, (...)" (de Beaugrande, *op. cit.*, p. 485), lejos de resultar "exagerado", es perfectamente posible (y puede resultar muy apropiado) en una "open-window situation" *real*. Si lo que se pretende es llegar a la "mejor opción", hay que ser consciente, por una parte, de que uno se ha situado en la NORMA y no en la DESCRIPCIÓN (en la retórica más que en la lingüística), y, por otra, de que "mejor" es un término relativo.
- ¹⁷ *Op. cit.*, p. 206.
- ¹⁸ Ya mencionamos páginas atrás que podría ser interesante desarrollar el modelo de configuración contextual de Munby, aunque requiere importantes modificaciones.